de una cortesía exquisita. Tenía las líneas del semblante y los ojos italianos, y algo de septentrional en el color y en la expresión de la fisonomía; su pronunciación era entre ligur y piamontesa; su voz extraña, su paso reposado, su gesto llamativo, su mirada límpida. No se podía conocerlo sin amarlo.

¡Y... se ha matado!

¡Ah, qué cosa tan horrible! ¡Y no haber estado allí, en Verona, en aquel malhadado día; no haber podido seguirlo, no haberlo visto cuando salió de su casa con el revólver escondido, y cogerle el brazo con un brazo y con el otro rodearle el cuello en el momento fatal! No haber podido decirle: —¡No, Bove; por lo más sagrado que hay en el mundo, no te mates! La bala con la cual quieres destrozarte la frente, destrozaría el corazón de los tuyos. Lucha, sufre todavía; confía aún en tu valor y en tu fuerza; no manches el purísimo ejemplo de vida honrosa y útil que podremos presentar á nuestros hijos; no añadas por tu propia mano otra víctima á las víctimas italianas en África. ¡Curarás, tornarás á tus trabajos, volverás á ver el Océano, servirás aún á tu país! ¡No mueras!

Cien veces repito para mis adentros estas palabras, y cien veces, como muda y terrible respuesta, se me presenta la imagen de aquel pobre cuerpo inmóvil, abandonado en medio del campo, con las sienes ensangrentadas, los brazos inertes, los ojos apagados, junto al arma maldita que mató una esperanza de Italia

XII

Un poeta provincial.

Se me ha dado el honroso y grato encargo de escribir un prólogo para el libro de un malogrado amigo, y he decidido hablar más del autor que de sus versos, ya porque estos hablan bastante por sí mismos, y porque yo, para la mayoría de los lectores, sólo puedo hacer un comentario superficial, ya porque es racional suponer que todos los que admiraron desde fuera al poeta deseen saber sobre todo lo que sólo puede decir uno de sus amigos: qué tal era el hombre.

Intento, pues, dar al público más bien un retrato que un estudio literario, el cual, por otra parte, no podría hacer con frío juicio, dado el vivísimo cariño que tuve al amigo y que conservo á su memoria, y el demasiado poco

tiempo que ha transcurrido desde el inolvidable día en que resonaron en mi corazón estas cuatro terribles é inesperadas palabras:—Nuestro Arnulfi ha muerto.

*
* *

El que ha muerto fue, por la índole de su alma y la especialidad de su ingenio, uno de los más notables y amables jóvenes que he conocido desde hace veinte años, tanto, que, aunque no hubiese escrito una página ni un verso, hubiera sido querido y popular en Turín, donde vivió sus mejores años, por las condiciones que demostraba en el trato con amigos y conocidos.

Sólo me ocurre apuntar dos noticias biográficas suyas: una, porque es original y triste; la otra, porque se refiere á un hecho que contribuyó á despertar su ingenio: el haber nacido en el cuartel de carabineros de la plaza de Carlos Manuel II, el infausto año de 1849, más infausto aún para su familia con la muerte de su madre, y el haber recorrido en sus primeros años varias ciudades de Italia donde iba destinado su padre, natural de Niza, que había llegado desde soldado sencillo á general de carabineros y diputado á Cortes. Su verdadera vida, como hombre y como artista, no empieza hasta que, muy joven aún, estando empleado en la Sociedad Real de Seguros, estableció su residencia en Turín y comenzó á captarse la atención y la simpatía de todos con las primeras manifestaciones de su gran sentido cómico y de su naturaleza originalísima.

*
* *

El sentido cómico lo aplicaba especialmente á los ridículos aspectos de la vida de provincia, siendo en esto verdaderamente agudo y original, porque para hacerlo valer no se le ocurría imitar las voces ni los gestos de las personas, pues le faltaba esta habilidad. Más bien que refiriendo, ó pintando fielmente las cosas graciosas, obtenía el efecto presentándolas en cierto escorzo particular que él solo sabía escoger y colocar; ó, al referirlas ó pintarlas, las cambiaba con una gracia especial suya, inventando también, pero con admirable verosimilitud; y, á veces, sus historietas y sus chanzas habían sido preparadas previamente con largas meditaciones peripatéticas, porque era á la vez vivo de fantasía y reflexivo. Pero siempre lo decía en pocas palabras, siendo parco también en su mímica, pues casi no hacía gestos, refiriéndolo todo con una voz velada y como cansada, que alzaba hacia la mitad de la relación, y que no se compaginaba bien con su risa sonora de jovencillo.

Muchas veces se le oía en el círculo de los amigos una improvisación seguida y animada. Su vena no saltaba en grandes oleadas, sino en surtidores instantáneos, como un tonel que se vertiera y volviera á tapar en el acto. El dis-

traía oportunamente á la reunión con una palabra, con un chiste dicho á tiempo, con una anécdota lanzada por entre los espirales de la conversación, sutil, aérea, aguda, picante, que quedaba luego en la memoria de todos.

Parecía que la sacaba de un tonel sin fondo; tantas eran las que él inventaba y las que tenía aprendidas. Cada vez que lo divisábamos á lo lejos, en lo último de una calle, con aquel andar suyo desmadejado y aquella cabeza, un poco inclinada sobre un hombro, como para favorecer el esfuerzo de un pensamiento ingenioso, nos alegrábamos todos pensando que, al encontrarlo, oiríamos de él algo nuevo, ya inventado, ya aprendido en las veinticuatro horas. Porque el chiste de un labriego, cogido al vuelo en la plaza, la frase bufa de un periódico serio, cuatro palabras cambiadas con un fosforero, algo que había visto, una escena medio percibida en el café ó en la calle, en suma, todos los chismecillos de la crónica pública ó de los varios círculos de amigos y de las diversas clases sociales con las que le ponía en contacto su vida de escritor, de empleado ó de joven del gran mundo, todo era para él objeto de pasatiempo y materia de observaciones sutiles y curiosísimas.

Pero, sobre todo, los amigos, de los cuales no se le escapaba ningún lado flaco, ninguna muletilla de la conversación ni ningún gesto especial que proporcionase el más mínimo motivo para el ridículo, y tenía una terrible habilidad para revelarlo y darle colorido, para alegrar la reunión y para hacer comprender al amigo que

lo había observado. ¡Ah! verdaderamente, el vanidoso, el embustero, el susceptible, el fatuo, el pedante, tenían que estar en guardia con él.

Aun queriéndolo bien, nos producía á veces alguna inquietud, síntoma hasta de enemistad, cuando hablando con calor en medio de un círculo, encontrábamos fijos sobre nosotros sus negros y brillantes ojos, con cierta ligera sonrisa que parecía el anuncio exterior de la primera inspiración de un soneto.

*
* *

Y ¡qué característica era su figura! ¡Qué profundamente impresa se quedaba en el ánimo, aunque no se la hubiera visto sino una sola vez! Le daban extraño aspecto de indio ó de árabe sus cabellos abundantes y negrísimos, enmarañados en rizos largos y crespos, que le llegaban hasta la frente, y el color aceitunado de su larga cara, hundida por las mejillas y adornada por pequeños ojos obscuros de una mirada intensa é inteligente, que mitigaba la expresión sensual de su boca rojiza, sus ásperos bigotes y su larga barba; y este aspecto de virilidad, un poco salvaje, de la cabeza, formaba contraste con su cuerpo alto y esbelto, delgado, un tanto agachado, como rendido por el trabajo, y vestido con elegancia sencilla; y más extraño parecía aún el grande y repentino cambio de expresión que se producía en su semblante, triste y serio de ordinario, cuando se es-

capaba de sus labios, con algún chiste, aquella risa juvenil y burlona, que casi era la revelación de otro hombre.

A causa de su delgadez, de la palidez de su rostro y de su espíritu cáustico, se le solía dar, entre los amigos, el nombre de Mefistófeles; el cual, en realidad, no le convenía más que por ciertas apariencias, porque no se puede llamar Mefistófeles al hombre que sabe, como él, ganarse y conservar muchas amistades, fieles hasta la muerte; ni al poeta que, entre tantos versos satíricos, pulsó, sin embargo, con mano delicadísima la cuerda de los más nobles afectos.

La verdad es que entre el Arnulfi, tal como se presentaba á los amigos, y el Arnulfi que se revelaba en sus poesías, había un notable desacuerdo, que redundaba en honor suyo; porque mientras parece que la naturaleza de su espíritu, su modo de vida y la sociedad que le rodeaba, tolerantísima con los escándalos en el arte, hubieran debido impulsarle á una poesía irreflexivamente atrevida é inoportuna, él, por el contrario, demostró tener otro concepto del arte; tanto, que jamás, ó muy rara vez, traspasó los límites de lo decoroso y lo razonable en la pintura y castigo del vicio. Mientras en la conversación podía aparecer escéptico alguna vez é inclinado á reirse hasta de las ideas y sentimientos más respetables, cuando cogía la pluma, sólo, delante de su conciencia, prevalecía en él un recto y honrado sentido de la vida, una sincera compasión de las miserias y dolores humanos, una indignación viva contra las injusticias sociales, la opulencia ignorante y ociosa, el vicio enmascarado y la charlatanería. Y aunque claramente se nota que en toda composición suya le aparecía más pronto y más fuertemente, le atraía la belleza artística más que el concepto y la intencion moral, ésta, sin embargo, se descubre también en la mayor parte de sus sonetos, como si hubiera sido su primera inspiración, porque se le imponía irresistiblemente desde el fondo de su alma. Si hay algo en él de artificioso y estudiado, me parece que es más bien en el Arnulfi de la vida real, al cual la reputación de joven agudo, agradable y satírico, y la distracción que todos esperaban de él en este campo, le obligaban casi á ridiculizar y á chancearse sobre cualquier asunto.

El verdadero Arnulfi no le conocía más que el que había tenido ocasión de mantener con él largas é íntimas conversaciones serias, en las que para nada le ocurría decir un chiste; y aún este lado serio y bueno no lo manifestaba más que casi involuntariamente y en pocas palabras; porque acostumbrado á observar en los demás las ficciones y las exageraciones del cariño, de las que tanto se burlaba, estaba siempre alerta sobre sí mismo, cuidando de que su lenguaje no desdijera del carácter con el que era más generalmente conocido.

*
* *

Era poeta por naturaleza, por la viveza de las impresiones que recibía en su trato con los

demás hombres y en su vida toda, y por la facultad de manifestar estas impresiones con tal relieve y colorido que parecía reproducirse en ellas mismas. Sirvió de gran auxiliar á estas dotes un precoz y vario conocimiento del mundo, que adquirió principalmente de la misma simpatía que inspiraban sus argucias y su persona toda en su trato con todos, cualquiera que fuese la clase y la cultura de los mismos.

Su espíritu crítico, más que apasionado, lo impulsó menos al estudio de las clases populares que al de la nobleza y la clase media; ofreciendo aquélla demasiada materia de compasión y de lástima, en la edad presente, á un poeta en quien predominaban ciertas ideas y temperamentos; y que poseían bastante virtud y desgracias, las cuales hacían parecer poco delicado aplicar castigos á sus defectos: además de que las segundas estaban á su alcance y á las primeras no lo acercaban su profesión ni las costumbres de su vida.

Era lógico también que conviniese mejor el dialecto que la lengua como medio de expresión, á un ingenio que se había despertado y desenvuelto, más que en otra cosa, en la observación directa de la vida, y, en ésta, de caracteres, hechos, rarezas, ridiculeces casi siempre provinciales y, por lo tanto, imposibles de manifestarse en otro lenguaje que en aquel en que naturalmente se producen y expresan.

Le indujo también á ello un singular afecto á la importancia del propio dialecto; importancia de la que muchos no se dan cuenta, como

si del dialecto, por el hecho mismo de recibirlo con el jugo materno, fuesen todos conocedores y maestros en su uso; siendo así que, por el contrario, son tan grandes las diferencias en la medida de poseerlo y en el arte de servirse de él, como lo son entre las personas las gradaciones del gusto, del oído, de la memoria y de la forma de expresión.

Ahora bien; cuán vivo é intenso era el afecto de Arnulfi á su dialecto, pueden atestiguarlo sus amigos, los cuales recuerdan la complacencia amorosa y la alegría de artista con que refería, paladeaba y hacía paladear á los demás los vocablos, las construcciones y los proverbios piamonteses, recogidos día por día, y que nosotros ignorábamos ó habíamos oído cien veces sin advertir el sabor particular y, por decirlo con una palabra suya felicísima, *raspante* que él le encontraba.

No es menos evidente que las razones que le hicieron escoger el dialecto fueron también las que le indujeron á preferir el soneto, más á propósito que ninguna otra forma métrica á su modo de observación fragmentaria, por decirlo así, á su vida mixta de empleado y de hombre de mundo, á la índole de su ingenio, ágil y pronto, poco apto para las largas explicaciones y aptísimo para aquella casi simultaneidad de esfuerzos intelectuales, con los cuales en una composición breve y cerrada se echa el principio y se dibuja el fin, afrontando y venciendo, con una sucesión rapidísima de sustituciones y de recursos, muchas dificultades ocultas é inquietantes que nacen las unas de las otras, de-

lante de las cuales tiene que detenerse el que no va muy listo, y, deteniéndose, pierde su fuerza y el cariño á la idea que iba á desenvolver.

*
* *

A la seguridad con que poseía el dialecto, á sus naturales facultades poéticas y á su rico caudal de observaciones, que continuamente estaba aumentando, se unía en Arnulfi una fuerza nueva que no era posible en un poeta de treinta años que fuera solo piamontés: el soplo de la varia vida intelectual de la nueva Italia, influída de un nuevo género de humorismo importado de Francia, que prevaleció en los últimos años en una parte de nuestra prensa periódica, y cierta elasticidad y flexibilidad de ingenio adquiridas en su larga residencia en otras provincias italianas, y en muchas lecturas diversas, pero escogidas con gusto, y hechas con la curiosidad viva y escrutadora de un artista libre de prejuicios y de pasiones de escuela. Era piamontés de nacimiento y de corazón; pero nunca se traslucía en él nada de lo que justifica el significado crítico puesto en aquella palabra de quien nos juzga con más sutileza que benevolencia. Era un piamontés del último molde, muy hábil para comprender y saborear todas las manifestaciones del mérito propio de cada provincia y habilísimo para que los varios caracteres, las costumbres regionales

de Italia, de los provincialismos, que, poco ó mucho conocía, le sirvieran de materia y forma para anédoctas y frases felices.

Para salir con éxito de la literatura provincial no tenía otro obstáculo que el no haber estudiado la lengua patria en sus primeros años, como se hace ahora, con la imaginación fresca y sin otras miras; cuyo defecto es difícil de corregir, más tarde, cuando las ideas han ocupado ya el lugar de las palabras, y mucho más cuando la lengua de que se trata es aquella viva, rica, variadísima y flexible que se requiere para las necesidades de un ingenio cómico y caprichoso.

Por esto nos parecen tan inferiores á las demás las pocas composiciones que escribió en italiano, en las cuales se nota que le faltaban los pulimentos más menudos y precisos del arte, y no se advierte ya la segura facilidad de su mano, entorpecida, como si tuviese un guante nuevo, puesto con trabajo.

Es posible que, si hubiera vivido, hubiera adquirido, con el uso y con una larga residencia en Roma, mucha parte de lo que le faltaba, y hubiera dado un gran paso hacia adelante en el arte italiano; pero nunca, á mi juicio, hubiera tenido la espontaneidad y el vigor que desplegó en su propio dialecto.

*
* *

La primera manifestación notable de su ingenio fueron veinte sonetos titulados *Sangre*

azul, una sátira contra la parte flaca de la aristocracia de Turín. Recordaba siempre con placer, y ahora recuerdo con tristeza, El café de Monviso, donde le ví por vez primera, y en el que entraba á oír el juicio de sus amigos, entre los cuales se contaba el valiente Pietraqua.

Si sus sonetos pudieran clasificarse en grupos y elegir, el mejor sería aquel que, abrazando un campo más reducido y concreto que los otros, por lo que reflejaría mejor el pensamiento del poeta, presentase el asunto bajo todos sus aspectos, y ofreciera en la variedad de las composiciones, independientes entre sí, pero relacionadas y explicadas unas por otras, el carácter de una obra de arte completa y hecha de una sola inspiración, como un poemita satírico en el que estuviera encerrado todo un pequeño mundo.

Y hay que decir en honor de Arnulfi, que si bien en su modo de empezar el soneto, de interrumpir y reanudar el diálogo, de medir el verso y de poner la cesura, parece que imita á Renato Fucini, es lo cierto que él no conocía cuando escribía *Sangre azul*, los famosos cien sonetos del poeta de Pisa, de quien fué luego entusiasta admirador. Intentó después de la sátira del mundo aristocrático la de la burguesía, con otros veinte sonetos, los cuales, aunque no son inferiores, individualmente comparados á los primeros, no tienen todos juntos igual mérito, pareciendo que en el vasto y vano campo de la clase social á que se refieren, más bien espigaba que recogía abundantemente las

observaciones á que su asunto se prestaban.

Después se sucedieron otras composiciones, de las que pocas pertenecían al primer grupo, correspondiendo en su mayoría al segundo; siendo poquísimas las inspiradas por el pueblo, de cuyo asunto lo desviaban, además de las razones ya dichas, la amplitud del campo, mayor aún que en la clase media, y la dificultad de tratarlo á conciencia sin herir cuerdas muy sensibles. Pero cualquiera que sea el asunto de estos últimos versos, en todos hay la misma *difícil facilidad*, y la misma audaz soltura de poeta de nacimiento que se notaba en los primeros.

*
* *

La prueba de la verdad y de la vida de toda esta poesía es que, después de leído el libro, los personajes y las escenas se nos quedan impresos en la memoria, evocándose los unos á los otros como si los hubiéramos visto pasar por un escenario, ligados entre sí por el argumento de una comedia.

Aquel pequeño mundo aristocrático, con sus desdenes olímpicos y natural ignorancia, con su extraña jerga afrancesada y afectada, con la frivolidad de sus cumplidos y conversaciones y la malignidad corrosiva de su chismografía, está vivo en aquellos doscientos ochenta versos, que nos dan de él más clara y completa idea que toda una novela naturalista.